



ISABEL PISANO

Denise



DENISE

ISABEL PISANO



Primera edición: junio 2011

© Isabel Pisano, 2011

© Ediciones B, S.A., 2011

Concell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-666-4902-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A Pedro Ruiz y a su madre Juana.

Desde el día en que ella se fue, el mundo de Pedro está desierto, aunque hubo fiesta grande en el Paraíso para recibirla. Vive en el edén de los buenos y como un ángel sobrevuela alrededor de su hijo para instalarse aún más en su corazón. Los tres sabemos que en mejor sitio no podría estar...

A Ana Magnabosco, cuyas sugerencias preciosas y cuyo bien hacer me ayudaron a salir del atolladero judicial; espero con ansia su maravillosa novela.

Estimado lector:

Un día de lluvia en París —siempre llueve en verano—, descubrí en casa de Frederik Noel, el productor musical de mi marido Waldo de los Ríos, una colección de *París Match* históricos. En ese entonces Waldo ya no existía, se había suicidado siete años atrás, y yo buscaba cobijo en los amigos que nos habían querido.

En una de aquellas revistas descubrí una alucinante historia que había tenido lugar en la campiña francesa, una pasión enfermiza de dominio psicológico, esclavitud sexual y escalada en el vicio, donde la mente insana del protagonista de este amor desviado pide el sacrificio supremo, la muerte del ser más indefenso: una pequeña de dos años, hija de su amante.

Aprovechando mi larga estadía en Francia, empecé la investigación del delito y escribí a mano algo así como cien páginas.

De regreso a Roma decidí dar vida a mi primera novela, recuerdo que mi madre me alentaba escuchando la lectura de mis escritos. También ella de joven escribía, pero eran románticas historias de gente virtuosa; obvio que yo le había salido rana al elegir un tema tan escabroso como cruel.

¿Por qué esa obsesión? Tal vez porque estaba viviendo algo parecido con Alberto Bevilacqua, el escritor italiano, que había hecho de mí una piltrafa humana, siempre humillada, ofendida a diario y moralmente deshecha mientras trataba de sobrevivir en una atmósfera de odio hacia mi verdugo, la tentación de asesinarle y el intenso debate entre el amor, el deseo y la culpa.

Todavía hoy Alberto sostiene convencido que le debo todo cuanto soy. Y aún hoy no tengo claro qué soy.

La novela publicada en 1985 tuvo una vida comercial casi clandestina, a pesar de lo cual recibió muy buenas críticas y un premio literario.

Pasaron veinticinco años y un día mi querido Javier Sierra me dijo: «Los ricos tienen casas; las propiedades de un escritor son los libros que éste ha escrito, y el capital en el banco, sus lectores. ¿Por qué no recuperas las obras del pasado?», agregó. Me pareció una buena idea y volví a mi primaria obsesión: la tragedia de Denise.

La experiencia de veinte libros publicados me hizo vislumbrar una novela distinta: como fondo, el delito, pero algo importante sería saber quiénes eran esos jurados capaces de condenar a la guillotina a una joven de veinte años.

¿Y si ellos también hubiesen cometido delitos contra la vida?

¿Y si en cada uno de nosotros se escondiese un asesino sin saberlo?

¿Y si todos hubiésemos tenido alguna vez el impulso, el deseo de matar?

Como todos los seres humanos, cada miembro del jurado llevará, pues, un fardo muy pesado sobre la conciencia. Pero ellos son quienes decidirán el destino de Denise Laffont.

La novela, en mi opinión, se ha enriquecido tanto que en realidad es otro libro, y hoy os lo ofrezco orgullosa del trabajo realizado, esperando que gocéis y sufráis tanto con su lectura como yo he gozado y sufrido escribiéndola.

Isabel Pisano

Madrid, 5 de enero de 2011

Hay dos desgracias en la vida de un ser humano: la primera es no tener a quien amar con toda el alma.

La segunda: tenerlo.

Oscar Wilde

Contenido

Denise

Blois, 11 de febrero de 1955, 4.10 a.m.

París, 1931

Blois, 11 de febrero de 1955, 8.30 a.m.

Blois, valle del Loira, invierno de 1948

Blois, 11 de febrero de 1955, 6.15 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 7 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 7.15 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 8 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 8.20 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 10.30 a.m.

Blois, cárcel del condado, 11 de febrero de 1955,
11 a.m.

Blois, 11 de febrero de 1955, 11 a.m.

Blois, 12 de febrero de 1955

Vendôme, 15 de febrero de 1955

París, 16 de febrero de 1955
Blois, 16 de febrero de 1955, 7 p.m.
Blois, 18 de marzo de 1955
Rennes, 25 de julio de 1939
Blois, mayo de 1947
Blois, verano de 1948
Vendôme, 20 de marzo de 1955, 3.30 p.m.
Vendôme, 21 de marzo de 1955, 2 p.m.
Blois, 25 de marzo de 1955, 7 p.m.
Blois, 2 de abril de 1955, 9.30 a.m.
Blois, 7 de mayo de 1955
Rennes, octubre de 1939
Blois, 28 de mayo de 1955, 8 a.m.
Blois, 28 de mayo de 1955, 8.40 p.m.
Blois, 29 de mayo de 1955, 5 a.m.
Blois, 1 de junio de 1955, 9.30 a.m.
Rennes, 1946
Blois, 1 de junio de 1955, 11 a.m.
París, 1 de junio de 1955
Blois, 5 de junio de 1955
Blois, 30 de junio de 1955, 10 p.m.
Lorient, 1951
Blois, 31 de julio de 1955, 6 a.m.
Rennes, 1952
Blois, 6 de agosto de 1955, 3 p.m.
Rennes, 1952
París, 1952

Blois, 13 de agosto de 1955, 6.30 a.m.

Lorient, verano de 1953

París, 10 de noviembre de 1955

París, 12 de marzo de 1956

Blois, 14 de marzo de 1956

Blois, 27 de febrero de 1955, 2 p.m.

Denise y André

Blois, cárcel del condado, 12 de mayo de 1955

Blois, 23 de mayo de 1955

Reims, 25 de mayo de 1955

Blois, 15 de septiembre de 1955

París, 11 de octubre de 1955

París, 15 de octubre de 1955

Blois, 5 de noviembre de 1955, 10 p.m.

Blois, 15 de noviembre de 1955, 3.20 a.m.

Blois, 30 de mayo de 1956, 9 a.m.

Blois, 30 de mayo de 1956, 9.30 a.m.

Blois, 15 de junio de 1955, 9.20 a.m.

Blois, 31 de mayo de 1956, 9.30 a.m.

Blois, 31 de mayo de 1956, 4 p.m.

París, 1 de junio de 1956, 10 p.m.

Blois, 30 de mayo de 1956, 6 p.m.

Blois, 1 de junio de 1956, 9.30 a.m.

Blois, 1 de junio de 1956, 4 p.m.

Blois, 2 de junio de 1956, 9.30 a.m.

Blois, 2 de junio de 1956, 1 p.m.

Blois, 2 de junio de 1956, 2.30 p.m.

Blois, 2 de junio de 1956, 11.30 a.m.

Blois, 4 de junio de 1956, 10 a.m.

Blois, 4 de junio de 1956, 2 p.m.

Epílogo

Anexo judicial

La celda de castigo

Delitos castigados con la pena de muerte según la ley francesa vigente en el año 1956

Agradecimientos

Notas

Blois, 11 de febrero de 1955, 4.10 a.m.

—Yo, Denise Laffont, nacida en Blois el 3 de julio de 1935, hija de Marie Lavoisier y de Pierre Laffont, fallecido; residente en Rennes, secretaria de profesión y empleada en el Instituto Nacional de Estadística de París, en presencia del juez de Instrucción Criminal, monsieur Antoine Bauer, confieso:

»Que en la tarde del 1 de octubre de 1954 arrojé al Canal Ille Rance a mi hija Claudine, de dos años de edad y padre desconocido. Al ver cómo se debatía entre las aguas me giré para no verla morir. Pasados algunos minutos, cuando volví la vista hacia el canal, divisé a un hombre valeroso que se había arrojado al agua para intentar salvarla...

La campiña francesa es casi invisible a causa de la niebla y las sombras de la madrugada, que impiden ver la luna y, si es que están presentes, las estrellas. Aciaga por partida doble, porque Denise está declarando en la prefectura de policía desde hace ya tres días con sus correspondientes noches.

El silencio y la paz sublime de la vigilia que preceden el alba se hacen añicos y Pascal lanza su canto estridente para recordarle al dueño de la luz su obligación cotidiana: ha de encender las teas de una nueva jornada. Quizás ignore que el sol va al encuentro de cada cosa, ya sea viva o inanimada, que puebla este planeta sin necesidad de recordatorios. O tal vez no, y el gallo canta su sonoro homenaje a to-

dos aquellos que ponen sus anhelos y esperanzas en el nuevo amanecer.

Tres cuartos de hora más tarde del canto de Pascal, el astro solar se lanza a derramar su paleta de tímidos colores, la misma que sugiere aun a los impíos que es ése el momento y el modo en que la divinidad se hace presente.

La bruma comienza a batirse en retirada y deja ver poco a poco la apacible campiña —apacible en apariencia—, donde cada habitante arde en su propio infierno...

París, 1931

Dos niños pequeños jugaban en el jardín del Castillo de Sceaux, en el barrio de Bourg-la-Reine. Ambos eran vecinos: uno de ellos vivía en una antigua mansión enfrente del parque que rodea el recinto, propiedad del general Hippolyte Lavoise. Hablaban en voz baja y era evidente que compartían secretos.

—¿De verdad lo tienes, André? —preguntó Gastón.

El hijo del general asintió con gesto grave.

—¿Y dónde lo has puesto?

—Acabo de cambiarlo a una caja de zapatos con unos trapillos. Más tarde lo saco al jardín y como es muy pequeño, le elijo la hierba más fresca y se la pongo cerca de la boca.

—¿Qué nombre le has dado?

—*Philí*.

—No suena mal, aunque me parece un nombre raro para un conejo.

—Como cualquier otro —respondió su propietario dándose importancia.

Conforme pasaron los días, el conejo, muy bien alimentado, ya casi no entraba en la caja. Era un animalito hermoso, con ojos rosados y hocico suave. Cuando todos dormían, André lo sacaba con cuidado de la casita de cartón y lo trasladaba a su cama. Pasaba las noches abrazado a él, como si entre ambos existiesen vínculos de sangre.

El amor paterno que a André le había sido negado lo volcaba en ese ser indefenso que no tenía a nadie más en el mundo.

—¿Y a ti no te avergüenza ser hijo natural? —le preguntaba Gastón alguna vez, con la crueldad de los niños que aún ignoran los artificios sociales.

Esos días André permanecía callado, mirando el suelo, mientras su amigo insistía casi con saña:

—¿Lo sabes?, ¿que tu padre no está casado con tu madre y que tiene otra esposa con dos hijos mayores?

Y como el otro se enrocaba en el silencio, cerraba la charla:

—No está casado, y en mi casa dicen que eso es inmoral. Pero yo te quiero a pesar de eso.

Durante un período, André dejó de frecuentar a Gastón. No soportaba que lo quisieran «a pesar de». Quería que lo amasen y basta. Sin reservas. Pero al final se rindió: aquél era el único amigo que tenía y en tales casos no se puede hilar demasiado fino.

En ese entonces, la única razón de la vida de André era *Philí*. Había entre ambos un entendimiento total: el muchacho le arrojaba palitos y el conejo se los devolvía como si fuese un perro. Llegó incluso a rogar a su madre que le confeccionase una bolsa para llevarlo al colegio y, después de mucho insistir, ésta se la hizo con un retal y una pieza de cartón en el fondo, para que no se doblase y que el animalito viajara más cómodo.

—Que no te lo vean, porque eso puede traer problemas —le advirtió la mujer al tiempo que se la entregaba—: Y ni se te ocurra sacarlo del morral.

André obedeció hasta cierto punto: metía el saco debajo del pupitre y acariciaba al conejito mientras el maestro hablaba de cosas que a niño y animal les resultaban indiferentes.

Todo cambió un día aciago, cuando el enseñante descubrió lo que André llevaba en la bolsa y le expulsó de la clase. Ante eso, su madre se vio obligada a tomar medidas drásticas: el conejo se quedaría en casa y basta.